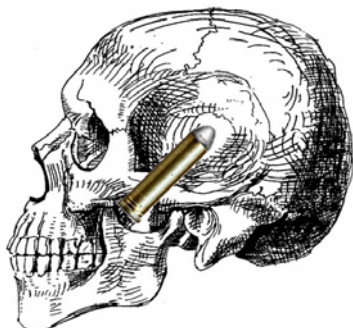


## CABEZAS DE PLOMO



¶ Ivonne había sido una mujer muy hermosa. Hasta demasiado hermosa. Pero últimamente su cuerpo, aparecía enfundado en una débil y flácida piel de ojerás. Sin embargo, ella seguía con esfuerzo en lo suyo, cantando sin cantar, como lo había hecho desde siempre.

Si, en realidad, ella no cantaba exactamente, sino que era su mismo yo, el que se transformaba en bellísimas melodías y envolventes canciones, cuando para delicia de todos, subía a un escenario para actuar. Aquellas noches en las que cantaba, parecía que la luna se encendía y descorría el manto algodónoso de las nubes, para poder escucharla atentamente, mientras que miles y miles de pequeñas estrellas y algún que otro cometa, se apretujaban en la ordenada fila de la "vía láctea", para no perderse ni una sola de las notas que brotaban de su privilegiada garganta.

- *Y... Es lo de siempre. Estudian para ser soprano de algún coro y como no llegan, terminan seduciendo al populacho, con esa vocecita un poquito cultivada...* - comentaban entre sí, unas vecinas muy "ortibas", a propósito de Ivonne. Parecían en esas charlas, mimetizarse con el verde de la envidia que las envenenaba hasta el fondo sucio de sus pobres almas. A veces la maledicencia, termina siendo el homenaje inconsciente que la mediocridad, rinde al mérito.

Ivonne, cantante de profesión, últimamente estaba enferma de tristeza y algo más. Se preguntaba cada vez más frecuentemente, si eso de cantar..., había valido la pena y el esfuerzo. Si acaso no hubiese sido mejor, más gratificante, haber llegado a ser una distinguida cirujana. Cirujana, era el sueño insatisfecho de toda su vida, desde que jugaba inocente a las muñecas. Todas las noches y antes de dormirse, recordaba y recordaba lo que pudo haber sido y no fue... e inevitablemente, una lágrima nostálgica acariciaba su mejilla, consolándola de aquello que nunca le llegó.

- *Jamás voy a sentir esa sensación hermosa de haberle salvado la vida a alguien, con mis propias manos. He divertido y consolado a muchos con mis cantos... pero no es lo mismo. No me alcanza* - le confesó a una de sus mejores amigas.

Ivonne, cada día estaba más y más obesa. Su cuerpo se le deformaba grotescamente y a raíz de ello, había optado por esconder a casi todos los espejos de su casa. Una medica que la atendía, tampoco le daba noticias promisorias, pues la presión arterial últimamente, se había tornado casi ingobernable. Un dolor en su cabeza se le apretujaba entre las sienas y era un casco asfixiante, que se comprimía sin piedad sobre los huesos de su cráneo.

Vivía cansada, agotada y le faltaba el aire cuando subía una escalera. Pero todo se lo atribuía a ese inagotable afán de perfección, que era el sello particularísimo de su personalidad. Alguien le sugirió que cambiase de médico y a ella, le pareció una buena idea. Pero igual, no hizo nada. - *Es que mi médica me trata demasiado bien. Es tan cariñosa, tan dulce...* - respondía resignada.

Su cuerpo ya no era el mismo. La grosera y deformante obesidad del abdomen y la cara, contrastaban con la delgadez de los brazos y las piernas. Una giba en la espalda, le daba un triste aspecto avejentado y sus músculos y la piel que cubría su cuerpo, estaban adelgazados hasta el nivel de tenues y lastimosas sombras.

Desagradables comedones y amarillentas pústulas, aparecieron dispersos como escupitajos en su cara. Ante su horror, una adolescente barba masculina comenzó a crecerle, obligándola a depilarse muy seguido... Cualquier pequeño golpe, terminaba en moretones y cardenales, que le cubrían su cuerpo de un color azul grisáceo y verdoso.

- *Los análisis muestran que tenés el azúcar de la sangre, cada vez más alto* - le dijo su médica personal, la cual al fin de varias semanas de dudas y más dudas, le indicó consultar a un endocrinólogo
- *Tenés un tumor en la silla turca, en la base del cráneo, en el medio exacto de tu cerebro* - le dijo el especialista, luego de dos semanas de análisis y estudios - *Es una enfermedad de Cushing lo que vos tenés, producido por un exceso de cortisona en la sangre. Hay que operar...*
- *Es demasiado grande, aquí hay algo más* - escuchó decir desde otra habitación, a un cirujano que hablaba con su médico, mientras ambos miraban y debatían sobre las imágenes del tumor en su cerebro.
- *Te voy a decir la verdad* - le dijo el neurocirujano que iba a operarla - *La única solución es operarte, llegando hasta la base del cráneo, a través de tu nariz. Pero te advierto, que hay bastante riesgo de infección y además, de hemorragia por la rotura de algún vaso cercano a la silla turca... Son cuatro días de internación y después de la operación, tendrás que tomar hormonas de reemplazo, de por vida.*

Ivonne escuchaba hablar al cirujano, como quien oye llover en el tejado. De su monologo, solo captaba el mensaje de que algo muy malo, le estaba sucediendo y que había que operar. El médico intuyó que las cosas no andaban demasiado bien, pues ella no le hacía siquiera una pregunta.

- *No te voy a engañar. Este tipo de cirugía tiene una tasa de fracasos de casi el veinte por ciento, pero lo que tiene de bueno al ser por la nariz, es que no te va a quedar ninguna cicatriz y ni te vamos a afeitar la cabeza.*

Cansada y deprimida, llegó a su hogar y lo sintió muy vacío. Cerró las puertas y ventanas de su dormitorio. Solo la mortecina luz de un foco en el baño, interrumpía la penumbra que inundaba la realidad de la habitación y de su alma. En la cómoda al lado del ropero, en el fondo de un atiborrado cajón, entre suéteres y remeras que ya no podía lucir, finalmente

encontró lo que buscaba.

Lo que buscaba, descansaba inmóvil y silencioso como una peligrosa araña dormida. Era un negro revolver calibre 22, de caño largo. Lo tomó con cuidado entre sus manos y se sentó en la cama, con sus sabanas y colchas desordenadas, sin armar. Por un largo rato se quedó mirando su vida, su historia y su futuro... en un más allá del zócalo y del piso alfombrado, a los cuales miraba sin mirar.

Las relucientes balas parecían espiarla desde las pequeñas ventanas del tambor, como mudas testigo de una decisión mortal... incapaces de negarse a formar parte, de esa discutible elección de Ivonne, que quería escaparse de la vida. Incapaces de ser algo por si mismas, cada una de esas cabezas de plomo, eran una victoria y un fracaso, cualquiera fuese el resultado...

Manipulándola desde su gruesa empuñadura de color marrón, Ivonne maldijo que ese vulgar pedazo de estúpido hierro, fuese el instrumento elegido para arrebatarle la vida. Se quedó acunando el arma entre sus manos y dudo en seguir avanzando. Pero fue una duda de segundos, que duró lo que dura un parpadeo rápido, que calmó cuando tragó saliva y hasta desapareció, cuando se enojó contra esa veta débil que le impedía decidirse.

- *Tengo que terminar cuanto antes con todo esto...* - se dijo a si misma, muy resuelta y decidida.

Puso el largo caño del revolver en su boca y le pareció, que entraba mucho más allá de lo que ella se hubiese imaginado. Entre sus dos manos fue intentando acomodarla para tener una buena decisión de tiro, pero sin mayor éxito. Era una posición demasiado difícil, para disparar con exactitud y precisión.

- *¿Y ahora, con qué dedo aprieto el gatillo...?* - se preguntó extrañada de no haberlo planeado antes.

Contrariada, se quitó el arma y volvió a contemplarla. La giró entre sus dedos y ensayó de varias formas, hasta que llegó a una sola conclusión: Debería apretar del gatillo, con el dedo pulgar de su mano derecha. No había otra forma.

Volvió a colocar el arma en el fondo de su boca, como en un viejo ritual ya conocido y cuando intentó nuevamente jalarlo del gatillo, comprobó que su fino dedo no tenía la suficiente fuerza, por lo que debió otra vez, retirarla.

Respiró hondo y sintiéndose cada vez más frustrada... recordó que se podía montar el percutor, por lo cual se ingenió para tirarlo suavemente hacia atrás y así, la máquina de muerte, quedó tensada como una trampa celosa y al acecho.

En el último instante, dispuesto ya todo para disparar, una sensación extraña la hizo pensar... y fue entonces cuando corrigió en unos pocos grados, la dirección del caño del revolver. Quería que la bala se le impactara directamente en el centro mismo de su cansado cerebro... para así dejar súbitamente de sufrir y que todo, pasara para siempre en un fugaz instante. Dejar de sufrir... ¡qué hermosa y alivante promesa! ¡Que falaz sensación de dominio absoluto sobre la vida y quizá, sobre la muerte! ¡Que suprema valentía del

cobarde...!

No fue más que tocarlo, como apretando un delicado botón. Muy suavemente, movió hacia atrás el gatillo y el drama, se disparó en un imparable movimiento...

- *¡Ahora sí!* - fueron sus últimas palabras- *¡no hay mas excusas!* - Y el disparo se hizo muerte y paradójica esperanza, de un ansiado alivio.

Todo sucedió con una pasmosa lentitud. Ruido y dolor, dolor y ruido, sintiendo desgarrarse los tejidos desde el fondo de su boca... y el dolor que le seguía subiendo, trepando y trepando... y hasta arrasando con su propio yo, en un dolor que no le paraba de crecer. Solo veía algo que se le apagaba. Todo se le puso negro, tan negro como cuando se cubría asustada con frazadas, siendo una pequeña niña. El mundo entero comenzó a darle vueltas y más vueltas, acompañándose de un torbellino horripilante que le mezclaba sensaciones y dolores nauseabundos, con oscuridades misteriosas y luces que solamente la alumbraban en su nada... y ella, alejándose de ella... pero encontrándose con ella misma, mientras que su voz interna se repetía y repetía, en un eco cavernoso y alejado:

- *Pero... ¿que mierda hice?... ¡Que boluda que fui...! ¿No estaré soñando? Ya estaré muerta...? ¿Esto, será estar muerta...? Ahora me duele más que antes... Dios mío.* - y repetía y repetía, tratando de orientarse en esa confusa e inentendible porción del universo, al que fue eyectada por su propia decisión.

Una amiga. Una de esas pocas personas que cuando le preguntaba a Ivonne como estaba, se detenía a escucharla en su respuesta... algo presintió y como nadie contestaba el teléfono, trató de ingresar sin éxito al departamento de Ivonne.

La policía, al constatar que Ivonne aun estaba con vida, llamó a una ambulancia para trasladarla hasta el hospital más cercano.

- *¡Pero... a esta mujer yo la vi esta mañana! Es la del tumor de hipófisis, que la iba a operar la semana entrante... No lo puedo creer. ¡Miren...!* - les decía a todos los médicos de Terapia Intensiva, el neurocirujano que la atendió en la Sala de Emergencia - *Miren aquí, en la tomografía, se ve claramente que la bala, se le alojó en la hipófisis y que le destruyó el tumor ¡Es increíble! ¡Se operó a ella misma!*

Y milagrosamente, a las pocas horas Ivonne estaba consciente y con sus ojos muy abiertos. Ella, andaba sin demasiada suerte últimamente y la dudosa suerte de morir, ese día no se le pudo ni acercar. La muerte, debió de alejarse gritando y muy frustrada, pero recordándole a todos los frágiles humanos que ella, solo ella, era la única que jamás se moriría.

Poco a poco, se fue recuperando. Pero el suicida, siempre resulta un azote pasivo para todos. A médicos y enfermeros, todo suicida les recuerda demasiado que en el fondo de cada uno de nosotros, los humanos - y de absolutamente todos -, subyace dormitando un deseo inconsciente de auto eliminarnos. Y los seres humanos, desprecian a los que terminan realizando, lo que ellos precisamente, luchan por no hacer...

- *Yo sé que al suicida se lo desprecia, doctor. Pero yo, ahora no me quiero morir... por favor, sáqueme el dolor de cabeza.* - fue lo primero que Ivonne

debió pedirle a su médico, ante la indiferencia de los que la atendían..

A los pocos días, Ivonne fue dada de alta, en franca recuperación de su deformante enfermedad. La bala, no fue necesario extraerla y el tumor, permanecía totalmente destrozado. Definitivamente aniquilado.

La vida, le permitió a Ivonne volver a vivir. Pero además, por alguna extraña y misteriosa razón, también le permitió cumplir con ese, su añorado sueño de llegar a ser una médico cirujana. A veces, nuestras vocaciones se cumplen de las formas más insólitas...

